

Citación bibliográfica: ARRE MARFULL, Montserrat Nicole. «Razas, castas y clases en las letras chilenas durante la expansión nacional: la escritura en prensa de Jotabeche, Rosario Orrego, Manuel Concha, Iris y Ga Verra». *América sin Nombre*, 27 (2022): pp. 25-41, <https://doi.org/10.14198/AMESN.19915>

Razas, castas y clases en las letras chilenas durante la expansión nacional: la escritura en prensa de Jotabeche, Rosario Orrego, Manuel Concha, Iris y Ga Verra

Races, castes and classes in Chilean letters during the national expansion: the writing in the press of Jotabeche, Rosario Orrego, Manuel Concha, Iris and Ga Verra

MONTSERRAT NICOLE ARRE MARFULL
Pontificia Universidad Católica de Chile, Chile

montserrat.arre@uc.cl

 <https://orcid.org/0000-0002-0156-1358>

Fecha de recepción: 08-05-2021

Fecha de aceptación: 15-06-2021

Resumen

El presente artículo realiza una comparación entre varios textos que se publicaron en diversos medios periódicos, tanto de tipo prosa histórico-ficcional como de tipo periodístico-ensayístico, en las ciudades chilenas de Copiapó, La Serena, Valparaíso y Santiago entre mediados del siglo XIX y la primera mitad del XX. Analizaremos principalmente las permanencias de las ideas observables en este siglo fundacional de lo nacional. Seguiremos las nociones que surgen respecto de las clases, razas, castas o de conceptos adyacentes como civilización o nación en estos textos a través de dos ejes: *representaciones de indios, negros y mulatos*, y la *crítica social/diferencias sociales y abuso de poder*. La hipótesis de la investigación es que, si bien dichos autores y autoras son de distintas clases sociales y diversas ciudades de origen, existe cierta continuidad y relación en la comprensión de las diferencias

© 2022 Montserrat Nicole Arre Marfull



Este trabajo está sujeto a la licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY 4.0).

socio-raciales, que obedecería a constructos nacional-republicanos de mayor alcance, que cubren toda la experiencia escritural de la época.

Palabras clave: raza; clase; casta; nación; Chile; prensa.

Abstract

This article makes a comparison between various texts that were published in various periodicals, both historical-fictional prose and journalistic-essay type, in the Chilean cities of Copiapó, La Serena, Valparaíso and Santiago between the mid-19th century and the first half of the 20th. We will mainly analyse the permanence of observable ideas in this founding century of the national. We will follow the notions that appear regarding classes, races, castes or adjacent concepts such as civilization or nation in these texts through two axes: *representations of Indians, blacks and mulattoes*, and *social criticism / social differences and power abuse*. The research hypothesis is that, although these authors are from different social classes and different cities of origin, there is a certain continuity and relation in the understanding of socio-racial differences, obeying to national-republican constructs of greater scope, that cover the entire scriptural experience of the epoch.

Keywords: race; class; caste; nation; Chile; press.

Financiación: Este artículo forma parte del Proyecto Fondecyt Postdoctorado n° 3190070 «Las ideas sobre la raza y las doctrinas racialistas en la prensa chilena durante la expansión nacional. Copiapó, La Serena, Valparaíso y Santiago entre 1840 y 1940» (2019-2022) financiado por ANID-Chile.

Durante el siglo XIX, tras las independencias, los Estados-nacionales americanos experimentaron un proceso de *acomodo* de poblaciones, identidades y fronteras que, en algunos casos, se extendió hasta la primera mitad del siglo XX. Chile, si bien proclamó su emancipación de España en 1818, no sería hasta la década de 1850 que la ciudad de Santiago lograría doblegar casi totalmente las voces disidentes de las regiones Norte y Sur (representadas en las ciudades de La Serena y Concepción respectivamente).

Posteriormente, los extensos territorios mapuche al sur del río Bío-Bío, junto a las regiones meridionales donde habitaban otros pueblos diversos, más las zonas ricas en salitre otrora pertenecientes al Virreinato Peruano que a mediados del XIX formaban parte de las Repúblicas de Bolivia y Perú, fueron ganados a fuerza de conflictos bélicos y colonización, para llegar a constituir lo que desde 1920 hasta hoy se conocería y conoce como el territorio del Estado chileno.

Es decir, en un lapso de cien años «Chile» se fue constituyendo como tal, en términos geográficos, económicos y políticos, pero también *imaginarios*. En este sentido, es preciso considerar como esencial la relevante labor de las y los publicistas, tradicionalistas, historiadores y educadores en la misión de crear la identidad de las naciones, cuya labor fue de la mano de la expansión territorial (cfr. Anderson; Ramos; Narvaja).

Dentro de dicho contexto, durante el siglo XIX –y hasta inicios del siglo XX, inclusive– las sociedades locales formadas a partir de personas que provenían de los más diversos orígenes, se inscribieron en un proceso de dos caras, a saber, la independencia político-ideológica del imperio español y la imbricación ideológico-factual con los procesos civilizatorios y expansionistas del nuevo imperialismo, de matriz inglesa y francesa (cfr. Vicuña; Subercaseaux, *Historia de las Ideas*).

Aunque los anteriores imperios ibéricos se establecieron sobre la base de las diferencias raciales¹, a la vez tenían *cierta laxitud* respecto de las mezclas biológicas y sociales entre europeos, pueblos originarios y africanos (y asiáticos) –laxitud, podríamos decir, a pesar o a razón de la existencia de las divisiones de *castas*–, las doctrinas racialistas ligadas a la historia natural desde el siglo XVIII (cfr. Todorov) empaparon, igualmente, a la intelectualidad y a la *opinión pública* del espectro atlántico-americano.

En este sentido, el proceso de abolición de las castas o prohibición oficial de denominar a las personas en documentos estatales como negros, mulatos, pardos, morenos, indios, mestizos, zambos, cuarterones, cholos o españoles, y cambiar por la adjudicación de *nacionalidad* de nacimiento o adscripción ciudadana, en nuestro caso, «chileno» o «chilena» (cfr. Estefane; Araya)² y el *hacer entender* a los individuos, cuya identidad la encontraban tradicionalmente en diversos referentes, que *ahora* existía un ente nacional superior a todas esas diferencias, fue un largo derrotero que implicó, entre otras cosas, una planificación educativa donde la prensa y la escritura, en general, jugaron un papel relevante (cfr. Anderson).

La nación, así concebida, debía corresponder a un Estado y obedecer los parámetros oficiales de la homogeneidad. Por lo tanto, el uso de las ideas de raza/nación y de clases/castas se vuelve esencial y conflictivo. Raza, casta, clase, junto a un abanico de conceptos inscritos en estas categorías, son nociones que convergieron, a veces, y divergieron, otras veces, en un vaivén que surgía tanto de la opinión y experiencia particular, como de las fuentes intelectuales específicas de cada escritora o escritor (cfr. Corvalán; Subercaseaux, «Identidad de género y nación» y «Raza y nación»).

Nuestra propuesta es que las teorías nacionales y raciales –de homogeneidad y jerarquía– se difundían ampliamente en el espectro atlántico-americano, se

1. Entenderemos *raza* como la relación entre genealogía, cultura y rasgos físicos, en una conceptualización jerárquica de estas relaciones; en ese sentido, la división racial se percibe a través de la idea de *naciones* física, genealógica, religiosa y lingüísticamente distinguidas y, luego, mediante las *castas*, que aludieron a una delimitación más referida a lo conocido posteriormente como clase social.

2. Las denominaciones de *casta*, por lo menos a nivel administrativo-estatal, se dejan de usar al momento de realizarse el censo de 1835. Esto se verá reforzado con el censo de 1843 y con la creación de la Oficina de Estadísticas y la Ley de Censos, en donde se convertirá como criterio estable el de «nacionalidad». Sin embargo, a nivel administrativo-parroquial, será oficialmente decretada la supresión de categorías de castas en 1853, por el entonces arzobispo de Santiago.

superponían a las concepciones coloniales del imperio español y penetraban toda acción ilustrada. Por lo tanto, no es extraño que dentro de la producción escritural chilena en el periodo analizado pueda –y deba– existir algún posicionamiento frente a estas ideas. Por ello, si por un lado tienden a *desaparecer* las anotaciones oficiales para las diferencias de casta en Chile, ello no hizo desaparecer a los cuerpos que efectivamente habitaban el espacio *nacional* y se constituían como un entramado humano, a veces, discordante y no hegemónico. Las castas, en este contexto, finalmente devinieron en *clases sociales*.

Para profundizar en estas cuestiones, revisaremos artículos de opinión y de costumbres publicados en periódicos o revistas y narrativa publicada en folletines, de carácter histórico e histórico-ficcional, con el fin de relevar entre ellos los que den cuenta de ciertos constructos ideológicos en la conformación social nacional durante los años clave de la consolidación del campo literario y periodístico chileno (cfr. Catalán; Santa Cruz, *Prensa chilena siglo XIX* y *Prensa chilena siglo XX*) y la expansión territorial (cfr. Valdebenito y Lube; Vota; Rodríguez).

Nos centraremos en algunos textos de autores y autoras que difundieron sus escritos en diversos medios de prensa, a saber, Jotabeche (José Joaquín Vallejo, 1811-1858), Manuel Concha Gajardo (1834-1891), Rosario Orrego Carvallo de Uribe (1834-1879), Ga Verra (Lucía Bulnes Pinto de Vergara, 1844-1932) e Iris (Inés Echeverría Bello de Larraín, 1868-1949).

Sabemos que la prensa tiene como objetivo difundir y consolidar ideas diversas en favor de ciertas ideologías más o menos dominantes o, algunas veces, discrepantes, que son puestas en la arena pública por dicho medio (cfr. Canihuante; Montero, *Prensa de mujeres*; Santa Cruz, *Prensa chilena siglo XIX* y *Prensa chilena siglo XX*), lo que permite recoger lo pasado –y, asimismo, lo extraño o lo extranjero– y *crear* discursivamente un presente y un futuro a través de una constante actualización. En palabras de Isabel Torres «la prensa puede ser un medio excelente para el estudio de las mentalidades y los imaginarios políticos, porque ella constituye un microcosmos en el cual se refleja de manera recortada, pero sugerente, el universo de representaciones mentales de un grupo» (26).

Para este análisis nos situaremos desde dos fundamentos teóricos, los cuales son la *lectura a contrapunto* (de la mirada occidental) propuesta por Edward Said y la *interacción/monitoring* de la lectura sociocrítica (feminista) desarrollada por Marie-Pierrette Malcuzyński.

Respecto al primero, Said nos dice que tanto la cultura, en todas sus acepciones posibles, como las formas estéticas que esta contiene, derivan de la experiencia histórica (cfr. Said). De esa manera, la vivencia compartida del colonialismo/imperialismo necesariamente se ha integrado a las manifestaciones textuales y artísticas, comprendiendo así que, aunque la supuesta finalidad de un autor o autora no fuese hablar o referir la historia o contingencia de la expansión imperial o nacional, los discursos compartidos sobre las personas que habitan tanto los espacios metropolitanos como los coloniales, los centros como las periferias, aparecerán explícita o

subrepticamente en la escritura. Por otra parte, si bien, una buena cantidad de literatura u obras de arte puede que «no traten» sobre la dominación y hegemonía imperial/nacional, no obstante, *forman* parte de ella (cfr. Said).

El análisis de contrapunto –noción que Said toma de sus trabajos sobre la música occidental– muestra una gran diversidad de racionalidades y discursos presentes en una relación de poder representada en un soporte cultural (cfr. Said). Esto significa mirar a contrapelo, para poner el foco más en la historia de los *vencidos*, de manera que cuando la historia otorgue «nuevas oportunidades, prime por sobre todo la responsabilidad intelectual para con los más débiles» (Amar 118).

En cuanto a la segunda forma de lectura, Malcuzyński indica que un texto se concretiza como zona de cruces de un complejo sistema de envíos interdiscursivos desde la selección que hace la o el escritor de lo dicho, lo legible, lo posible de ser pensado a un nivel social. Así, la heterogeneidad del texto, lo que dice y cómo lo dice, sus «no dichos» o «no decibles» son interpretados por Malcuzyński como modalidades sociocríticas centrales, necesarias para posicionar la «frontera» donde se articulan subjetividades y sociabilidades –particularmente del *sujeto femenino* en la escritura (cfr. Malcuzyński). El texto, de esa manera, contiene el «espesor de lo social», una consistencia que no es psicológica, sino cultural. La labor sociocrítica se comprende y aplica como la articulación de lo que constituye el texto, siempre situándonos directamente del lado de su «espesor» textual (cfr. Barei y Boria).

Con respecto al «sujeto productor», Malcuzyński pregunta: ¿quién escribe, para quién, desde qué espacio geopolítico-sociocultural, por qué escribe y cómo lo hace? Desde esta mirada, la crítica no ha de ser reactiva, sino *interactiva*, a partir de la interacción de sujetos y de conciencias, además de la interrelación de discursos, enunciados, textos (cfr. Barei y Boria) y sus variantes a partir del género-sexual, lo que también nos interesa, toda vez que proponemos analizar autores y autoras.

Caracterización del periodo, semblanzas de autoría

En este período se desarrolla una prensa creada y difundida por el grupo aristocrático y burgués dominante, en general de tendencia alineada con los fines del Estado y principalmente escrita por hombres; sin embargo, surge paralelamente otra prensa que tiene una intención más democratizante, crítica o liberal, o sea, que posee la intención de llegar a todo aquel que *tenga el deseo* de saber y debatir en el ámbito de la contingencia –y que esté alfabetizado para ello (cfr. Santa Cruz, *Prensa chilena siglo XIX*). En este sentido, es posible encontrar entre las filas de escritoras y escritores que publicaron en periódicos o revistas de Santiago, Copiapó, Valparaíso o La Serena, tanto a personas de origen aristocrático como mesocrático, e incluso obrero –ya a fines el siglo XIX–, y a mujeres y hombres nacidos en diversas localidades (cfr. Torres; Canihuante; Montero, *Prensa de mujeres*; Santa Cruz, *Prensa chilena siglo XIX* y *Prensa chilena siglo XX*).

Cabe indicar que, aun siendo de diversas tendencias políticas y épocas, los escritores y escritoras que difundieron periódicamente sus opiniones, creaciones y conocimientos, estuvieron normalmente alineados con las ideas racialistas y nacionalistas –asimismo con las opiniones evolucionistas, higienistas y eugenésicas– difundidas en la época. Lo anterior se relaciona con la propuesta de *interacción* de todos los planos de una cultura, que se corresponde con la de umbral o *monitoring*³ de Malcuzyński. En dicha relación, la interacción/*monitoring* es la capacidad atenta de «escucha» que despliega la o el productor desde lo dado en un «estado de sociedad», hacia lo proyectado y la posibilidad de creación de textos, en cuya materialidad significativa se actualiza lo interdiscursivo (cfr. Barei y Boria), y que para nuestro análisis resulta al asumir la apropiación por parte de las y los autores de este tipo de discursos coloniales/nacionales.

Si nos situamos desde el contrapunto de Said, en donde se encuentra la posibilidad de la «mezcla y el flujo», también aparece el surgimiento de discursos esencialistas que atrapan, en un *adjetivo* particular, aquello que se muestra como «inapropiable». Así, el adjetivo opera como una herramienta de encierro y delimitación de las identidades: «el ser musulmán, judío, negro o blanco, para la tradición moderna, significa ser un algo determinado, como si ya estuviese inscrito en su nombre una determinada función que cumplir, un gusto estético propio y jerarquía que señala superioridades e inferioridades, que implican la imposibilidad de correr los cercos culturales» (Amar 115-116).

Si Said propone el contrapunto como el encuentro de los *opuestos* en el aparato textual, y su complementariedad/pugna cultural, Malcuzyński nos plantea entender estos opuestos en su punto de umbral, analizarlos en el espacio de encuentro, la *interacción*, en donde hay ciertos elementos interdiscursivos que no se discuten, pues forman parte del contexto dado o la *mentalidad* de una época, si seguimos a Torres. Entenderemos, así, a nuestras y nuestros publicistas en tanto productores como reproductores de discursos, hablando desde lo propio y adecuando lo foráneo, en un vaivén que intentará construir una opinión en sus lectores.

José Joaquín Vallejo (Jotabeche) nació en Copiapó en una familia de recursos limitados, aunque tuvo la oportunidad de estudiar becado en liceos tanto en La Serena como en Santiago. Además de su carrera como escritor, se dedicó posteriormente a la política e hizo fortuna con sus negocios mineros. Su más importante obra fue publicada en periódicos de Copiapó y Valparaíso, fundando asimismo *El Copiapino* en 1845. Sus artículos de costumbres, caracterizados por su ironía, marcaron época en la prensa nacional (cfr. Silva, *Prensa y periodismo* y «Estudio preliminar»).

3. La traducción del término *monitoring* al español presenta dificultades, pues la palabra *monitoreo* está más cerca de la idea de «revisión general» o «control», que de la idea de una *interacción* generalizada entre texto-discurso-sociedad, espacios diferentes donde se constituye también de modo distinto la subjetividad. (cfr. Barei y Boria).

Rosario Orrego Carvallo de Uribe nació, igualmente, en Copiapó, en una familia de empresarios mineros. Ya adulta se trasladó a Valparaíso, donde publicó en diversos periódicos y revistas, fundando, además, la segunda *Revista de Valparaíso* en 1873. Es conocida por ser la primera mujer novelista y periodista de Chile y sus obras narrativas fueron publicadas por entregas; asimismo, fue la primera mujer en ser aceptada en la Academia de Bellas Letras de Chile (cfr. Prado; Contreras; Montero, «Trocar agujas por la pluma»).

Manuel Concha Gajardo nació y fue educado en la ciudad de La Serena; su familia pertenecía a la clase comerciante de la región. Cronista y tradicionista, es un autor que, si bien escribió dentro de los parámetros de la identidad nacional chilena, solía resaltar lo que se ha llamado como la «patria chica» (cfr. Silva, «Introducción»), es decir, la historia y la identidad de la ciudad de La Serena. Publicó primordialmente en diarios regionales desde 1857, no obstante, la publicación del relato de viaje *Un viaje de vieja* (1870) y la antología de relatos en *Tradiciones serenenses* (1883) dieron a este autor realce en los espacios capitalinos (cfr. Pacheco; Canihuante).

Lucía Bulnes Pinto de Vergara (Ga Verra), nació y fue educada en Santiago. Era pariente de destacados políticos del siglo XIX, incluyendo el presidente Manuel Bulnes. En su temprano matrimonio inició una serie de extensas giras por países europeos en las adquirió una amplitud de conocimientos. Los resultados de sus observaciones los condensó, siendo ya mayor, en artículos escritos de manera entretenida y breves historias, algunas de las cuales aparecieron en las revistas *Familia* y *La Revista Azul*. Fue conocida también por ser una anfitriona (*salonnière*) de las tertulias que fundó desde de 1880 en su casa de Santiago (cfr. Parker).

Inés Echeverría Bello de Larraín (Iris) nació en Santiago y era bisnieta de Andrés Bello. Pasó largas temporadas en Europa y fue una afamada *salonnière*; durante su prolífica vida literaria publicó, además de novelas y memorias en formato libro, decenas de artículos en diversas revistas y periódicos, destacándose especialmente su labor en *La Nación*, periódico fundado en 1917. Es reconocida como la más importante feminista y publicista de las primeras dos décadas del siglo XX y precursora de una sensibilidad literaria llamada *espiritualismo de vanguardia*. (cfr. Montero y Robles; Vicuña; Traverso; Silva, *Prensa y Periodismo*; Subercaseaux, «Estudio preliminar»).

Todos estos autores y autoras tienen una fuerte vocación historicista, literaria y/o nacionalista/criollista⁴, y pertenecieron a clases acomodadas de su época, sin embargo, sólo Iris y Ga Verra se sitúan en el ámbito más aristocrático, aunque dado el lugar que ocuparon, sobre todo Iris, también se establecieron en esferas rupturistas con su clase, toda vez que fueron mujeres que se posicionaron en el espacio público. Mención aparte tienen Concha y Jotabeche, que pertenecieron a

4. Criollismo es una tendencia o escuela literaria chilena que se popularizó desde inicios del siglo XX, y que tiene dos fuentes de origen: el naturalismo y el nacionalismo. Esta forma de escritura pretende representar los «tipos» tradicionales y típicos de Chile, especialmente en el espacio rural.

un ámbito mesocrático y provincial, lo que se deja ver, entre otras cosas, por sus agudas críticas al clericalismo y al centralismo. El caso de Orrego es notable, pues publicó novelas cargadas de profunda crítica social y feminista, en un momento temprano del desarrollo del campo literario chileno moderno.

Representaciones de indios, negros y mulatos

Dentro de los discursos europeístas y criollistas de mayor alcance en estas épocas, situados en la dicotómica fórmula sarmientina civilización/barbarie, usualmente las y los letrados nacidos en el siglo XIX optaban por referir en sus textos más bien a *los civilizados* y el *proceso de civilización*. A veces, sin embargo, soslayaban positivamente en su escritura aquellos supuestos ámbitos de la «barbarie», o incluso, la situaban en un lugar distinto al esperable. Bien es sabido que el lugar común de la barbarie latinoamericana lo ocupaba el *indio* y el *negro*, como nociones prototípicas que encarnan el atraso que se deseaba eliminar de las naciones americanas en el camino de la civilización (cfr. Said; Santana).

En palabras del jesuita Juan Ignacio Molina, científico e historiador nacido en Chile en el siglo XVIII, los *verdaderos chilenos* eran los mapuches, es decir, los *indios* (cfr. Hachim). No obstante, los *criollos*⁵ decimonónicos que se apropiaron de dicho gentilicio —el chileno— para fundar una nación nueva e independiente, no estuvieron muy de acuerdo con Molina.

Si Molina reconocía esa esencia del ser chileno en lo indio, los historiadores y tradicionistas posteriores criollizaron el término, hasta transformarlo en un concepto mestizo-blanco, desprovisto en gran medida de aquellas *salvajes antigüedades indias*, reservadas solamente para esos lugares geográficos aún *virgenes y desiertos* del extremo sur del continente americano. Y, evidentemente, lo chileno debía estar totalmente alejado de lo africano o lo negro, elemento marginal y, supuestamente, casi desconocido de la conformación de la nación, según los historiadores del siglo XIX y XX —y también antes con Molina—, llegando al punto de, en ocasiones, siquiera nombrar *lo negro* (cfr. López), para no dar cuenta de aquel tercer engranaje del mestizaje. Sin embargo, algunos tradicionistas y articulistas contaron otra historia.

Para este análisis nos basaremos en textos narrativos publicados entre 1842 y 1912, cuyos personajes son indios/as, mulatos/as o negros/as. Dichos textos son las tradiciones «La mina de los Candeleros» (Jotabeche 1842), «Un tenorio inquisitorial», «El diablo en La Serena» y «Acontecimientos pasados» (Concha 1883), «La mulata Manuela» (Ga Verra 1912) y la novela publicada por entregas *Los Busca-Vida* (Orrego 1873).

En todos estos textos aparecen indios o negros/mulatos mencionados, o bien las dos tipologías de personajes. Lo interesante de observar, a excepción de los textos

5. El criollo es oficialmente el «español» nacido en América, pero se utilizó en general para definir a un mestizo «blanco» o españolizado.

de Ga Verra y de Jotabeche que exponen ciertos elementos considerables como negativos en las características otorgadas a sus personajes de la mulata Manuela y del indio Campillai, respectivamente, es que en el resto las caracterizaciones no son totalmente despectivas.

En todos estos textos, las y los autores evocan «su memoria», lo que les han contado/leído o lo que *se sabe*. Lo típico del género de la tradición es, de hecho, la apelación al acontecimiento real que ha sido dejado de lado por la «gran» historia nacional⁶. Las tradiciones seleccionan eventos pasados reales, conocidos o no por una comunidad local o nacional, sin embargo, lo narrado no sería propiamente *histórico*, pensando la *Historia* como los hechos de los grandes personajes políticos (cfr. Aguayo). Aun así, en este ejercicio democratizante, vemos operar igualmente los idearios universales, raciales y nacionales modernos.

Tanto «La mina de los Candeleros» como *Los Busca-Vida*⁷ narran acontecimientos ubicados en la provincia de Atacama, en parajes desérticos y mineros. La referencia a *un* «Pueblo de indios» en ambos relatos, da cuenta de la permanencia de esta presencia indígena en la zona, aunque pareciera ser que se establece siempre en un pasado ya ido. En ambos casos se le llama solo como *el* Pueblo de indios, sin particularización alguna. En los dos textos están ubicados de manera estratégica entre una ciudad y un mineral. El tiempo al que refieren, sin embargo, es distinto: mientras Jotabeche se remonta a mediados del siglo XVIII, Orrego narra acontecimientos que pasaron unos 30 años antes de su escritura, en la época del descubrimiento del mineral de Chañarcillo (1832).

Estos indios del indeterminado Pueblo de indios se ligan a la suerte del minero y el aventurero español/chileno o extranjero, sin embargo, parecen permanecer en la intemporalidad del pasado. En el caso del relato de Orrego observamos que los indios, tanto los que están en el Pueblo como los changos de la costa son, a pesar de habitar en este espacio salvaje y árido, quienes representan los valores de la *civilidad* –honestidad y trabajo– mientras que los ciudadanos «buscavida» podrían representar el lado de la *barbarie moderna* en esta historia: los que están movidos por la ambición y sed de dinero. Es interesante cómo esta autora revierte los lugares comunes asociados con civilización/barbarie, en un ejercicio reivindicativo de los «silenciados» de la historia (cfr. Catrileo; Said).

Respecto a la representatividad de afrodescendientes en estos textos, Concha recurre en varias de sus *Tradiciones* a personajes negros o mulatos que se imbrican en o protagonizan las historias. Hemos escogido tres, que nos parecen significativas. En

6. Según la historia literaria hispanoamericana, este género fue un tipo de relato corto propiamente americano. Surgido en el Perú a través de la pluma de Ricardo Palma en las *Tradiciones Peruanas* compilados en 1872. Se emparenta con el folletín histórico romántico y con los artículos de costumbres popularizados en el mundo de habla hispana hacia las décadas de 1830 y 1840 –el que cultiva Jotabeche– en una fusión que tiende más al realismo (cfr. Lastra).

7. Esta obra no es precisamente una tradición, sino una novela costumbrista.

Concha, la figura de los negros/as o mulatos/as suele ser positiva, aunque en ciertos momentos algo caricaturizada o estereotipada. Siempre pertenecen al espacio de la servidumbre esclava, al igual que lo que acontece con Manuela en el texto de Ga Verra, y con la mención que se hace de Bartola, una negrita de unos diez años que servía en casa de una señora de Copiapó en Orrego (345).

En Concha, a diferencia de los otros relatos, la presencia de estos personajes sirve de contraparte para generar una crítica anticlerical, ya que son estos esclavizados o esclavizadas los que sufren los abusos del Santo Oficio, referidos en dos de los tres relatos: «El diablo en La Serena» y «Un tenorio inquisitorial». El otro texto de Concha, «Acontecimientos pasados», muestra a un mulato extremadamente servicial para con su amo, con el objetivo, posiblemente, de exponer el paternalismo colonial: «El mulato miró a su joven amo con el cariño de una afectuosa madre, i sus labios, al dilatarse por una sonrisa de satisfacción i orgullo, dejaron ver una doble hilera de blancos dientes, que la negra piel del esclavo hacía aparecer más blancos aun» (112).

Por su parte, la mulata Manuela para Ga Verra en 1912, ocupa el lugar de la servidumbre; es interesante hacer notar que esta «crónica» narra la historia de amor y locura entre el amo linajudo y la «muy bella» esclava mulata quien tenía dos hijos de su amo. Esta representación de la mujer afrodescendiente, pese a que sigue siendo dentro del ámbito de la servidumbre, trastoca la posición social esperable de una mujer de su condición, aunque a través del relato pareciera ser que las relaciones sexuales/amorosas entre amos y esclavas eran cosa normal en muchas generaciones: «Un enjambre de sirvientes, de esclavos negros, de indios habitaba el interior de la casa, atendiendo solícitos, al bienestar del *amito* que varios de ellos habían visto nacer, otros habían crecido con él y, más de uno, llevaba impresos en su rostro los rasgos fisionómicos de las familias de Orozco...» (187).

La función de la Iglesia opera de dos maneras en Verra: el cura conocido de la familia ayuda a la esclava y a su padre negro cuando, en medio del desenlace, la Inquisición amenaza con «quemar» a los esclavos culpables de la afrenta contra el amo. Vemos el fantasma inquisitorial relacionado a la servidumbre de origen africano, y la idea de la esclava-bruja se manifiesta, igualmente, como en el texto «El diablo en La Serena», donde efectivamente la Inquisición ajusticia, a inicios del siglo XVIII, a una vieja «negra mulata» por creérsela hechicera. La sombra del Santo Oficio opera diferente en el caso del «Un tenorio inquisitorial», y esta tradición es la que genera mayores posibilidades de análisis.

Un antiguo funcionario («ex –familiar») de la inquisición de Lima, compra la hacienda de Quilacán cerca de La Serena y se instala ahí en 1678. Aparenta extrema rectitud y devoción, pero en verdad es un despiadado violador y torturador de esclavos, y se menciona, además, que en su hacienda habitan «ochenta esclavos» (Concha, «Un tenorio» 189).

Cuando comete una violación contra una señorita de la ciudad, él acusa a un «mulatillo» de la casa de la joven como el culpable de la seducción y el embarazo de

la niña. Para esconder su crimen y acusar al mulatillo, el inquisidor-violador sugiere que un *machi*⁸ puede descubrir la verdad:

«Se hizo comparecer a un *machi*, y todo se puso de manifiesto con claridad asombrosa (...). Yo tengo un esclavo *machi* [dice el inquisidor]; por él podemos llegar a una averiguación formal y cierta (...). El esclavo Martin Coscon, improvisado *machi* (...), llegó a La Serena con la lección aprendida, bajo pena de quinientos azotes. El mulato, que no era lerdo, i que comprendió que del buen éxito de su papel dependía su libertad o su desgracia, desempeñó su cometido a las mil maravillas. Resultó criminal Miguelillo, un esclavo de la señora, de edad de veintidós años. Se condujo a la cárcel, después de haber sido azotado públicamente, al pie del rollo, en la plaza» (187-188).

Interesa hacer notar cómo Concha entrelaza la identificación entre indio/esclavo/mulato sin pretender definir diferencia entre uno y otro. Martin Coscon es un mulato esclavo que puede, a la vez, funcionar como *machi*. Mayor asombro resulta cuando leemos más adelante: «Coscon tenía una hija, india joven i de agradable presencia; esta fue el blanco de los apetitos desordenados del sabio de la Inquisición (...). Antolina fue víctima del asqueroso ex –familiar. Pronto fue madre» (191).

El análisis de estas narrativas nos deja muchas preguntas y posibilidades. Sin embargo, cerraremos con dos ideas principales. Es preciso hacer notar el anticlericalismo, especialmente de Concha, que redunda en una crítica a España y la colonia. Por otra parte, el posicionamiento de lo indio y lo negro normalmente en momentos de un pasado más o menos remoto, es sintomático de la criollización y la modernización decimonónica (*blanqueamiento* de la nación), discurso que se mantiene inalterado en los períodos analizados, desde Jotabeche, hasta Ga Verra.

Crítica social/diferencias sociales y abuso de poder

Varios de los autores analizados, en diversos escritos proponen una aguda crítica social, en la cual dejan entrever las diferencias entre las *clases*, *castas* o *razas* que componen la sociedad referida. Todas y todos los autores revisados proponen cuestionamientos éticos en tono moralizante o irónico a la forma en cómo se conducen o han conducido autoridades y aristócratas frente a personas de las clases subalternas, sin embargo, nos focalizaremos acá sólo en los textos «Un tenorio inquisitorial» (Concha 1883), «Misericordias ocultas» (Iris 1918) y «Los últimos serán los primeros» (Iris 1917) para revisar algunas ideas al respecto.

El motivo de la violación sexual relacionada con el abuso de poder está presente en el texto de Iris de 1918 y en el de Concha. Ya hemos revisado la historia del siglo

8. Un/a machi es un/a chamán en la cultura tradicional del pueblo Mapuche (pueblo indígena de Chile y suroeste de Argentina). Su rol principal es la curación de dolencias, tanto los males físicos como los que se consideran derivados de la acción de fuerzas espirituales, además cumplen roles religiosos y sociales.

xvii del «ex –familiar» de la Inquisición que, bajo una fingida piedad, escondía las bajezas más despreciables. En esta tradición, Lope de Epilo, nombre de este aberrante hombre, viola a dos muchachas y ambas sufren embarazos producto de estas violaciones. En el primer caso, la muchacha vulnerada es una señorita de buena familia, sin embargo, está claramente posicionada en desventaja frente a este hombre que personificaba la palabra de autoridad. Para desentenderse de su crimen, el violador acusa al mulatillo Miguelillo, el cual es azotado en la plaza de la ciudad: el trauma de la violación y el castigo injusto de Miguelillo lleva a la muerte a la muchacha.

La segunda víctima es una «india» esclava del violador, hija de un «mulato» llamado Martin Coscon, el que se hacía pasar por *machi*. Esta joven da a luz al hijo del inquisidor quien la obliga a decir que el niño es de uno de los esclavos, expulsándola de sus tierras por *su* indecoro de ser madre soltera. Sin embargo, el desenlace fatal nos lleva al acto de venganza, donde Coscon asesina en una trágica escena a su amo, padre de su nieto, y a su propio nieto. Es interesante notar de qué manera hay un sitio indefinido para las castas serviles, que transitan de lo mulato a lo indio, en oposición absoluta al «blanco» opresor:

—¡Blanco infame, –respondió Martin –aquí te traigo un hijo que has negado: míralo, es tuyo! Tuyo y morirá contigo... ¡Yo no quiero nieto con sangre maldita de blanco, tómalo! I arrojé el niño sobre el pecho del enfermo, en seguida alzando un largo i afilado puñal, agregó: –¡Mueran los dos! I el puñal, asestado con mano firme i segura, atravesó al hijo i al padre (197).

En el caso del relato «Miserias ocultas» de Iris, por otra parte, la historia acontece a inicios del siglo xx, y refiere la vida de una mujer trabajadora, que ya anciana y moribunda es recordada por dos mujeres aristocráticas, y una de ellas cuenta la historia, diciendo:

La Lorenza! (...) humilde hija del pueblo, cuyos rasgos debieron ser finos (...), no era fácil reconstruir aquel rostro con visibles signos de raza y por donde la vida había pasado imprimiendo estigmas de sangre (...), era esa antigua '*serviente de razón*' ejemplar que ya desaparece en nuestro mundo. Es la plebeya, que tiene dentro de su condición humilde, los más bellos atributos de las grandes razas: la altivez, la abnegación, la fidelidad y una sorprendente pureza de costumbres. (...) Han nacido en nuestras viejas casas, y mueren al servicio de nuestra clase social... ¿Cómo no hemos de sospechar que este ser anónimo y raro, lleva la mitad de nuestra sangre, al ver que nunca fermenta en sus corazones, ese odio de clases, que trae al mundo el legítimo plebeyo...? (97-98).

El interesante hacer notar la similitud de la precepción de esta «mezcla de razas» entre amos y sirvientes que se sitúa, para Ga Verra, en la época colonial en la crónica revisada más arriba, pero que en Iris se manifiesta aún en el siglo xx.

Lorenza tenía una hija adolescente, por quien se desvivía para poder darle una buena educación, luego de perder a su marido (un sastre francés) y quedar en la pobreza. Un verano, cuidando una mansión santiaguina junto a su hija, por asuntos

estudiantil el «caballerito» de la casa debía pasar la temporada ahí, mientras los demás integrantes de la familia visitaban el fundo familiar. El joven se sintió atraído por la hija de Lorenza, «la tenía entre ojos, desde que la vio con sus grandes trenzas rubias, su frente tan despejada, y sus caderas ondulantes, un poquito inclinada por el peso de la regadera» (114), atracción que lo llevó, finalmente, a ultrajar a la niña, crimen que dejó a la muchacha sumida en la locura.

Iris nos recuerda, luego de la narración de estos hechos, cómo queda impune el crimen del hombre, sobre todo, del hombre aristócrata: «—¡Nunca saben ustedes cuidar a sus hijas!», le dice a Lorenza el padre del violador:

Por cierto, que aquel majestuoso hidalgo, no pensó en una indemnización, ni en pagar la curación de esa creatura que había perdido la razón. —¿Y por qué? ¡No son las pobres creaturas las víctimas obligadas de la lascivia masculina? (...) ¡Así es la naturaleza!, piensan tranquilos en su interior. (...) Ellos han hecho lo mismo en su juventud. (...) La vieja rezongará y eso es todo. Hablará, los hombres le creerán y pensarán que el chiquillo no es lesado, y las mujeres imaginarán que miente la madre o que es una deslenguada (119-120).

En el otro texto de Iris titulado «Los últimos serán los primeros», la autora realiza una defensa a la *superior misión* que los artistas tienen en la sociedad. Desde una posición aventajada, ella habla de sí misma y de su propia experiencia, y nos muestra el funcionamiento de los espacios femeninos ligados a la caridad o al servicio social, agrupaciones muy usuales en donde las mujeres de la aristocracia creían realizar una gran labor para los más desfavorecidos. Si bien, la autora no critica directamente estas iniciativas, se disculpa porque ella misma no se siente cómoda haciendo caridad con enfermos pobres o niños abandonados.

Es relevante ver de qué manera las diferencias de las clases sociales afloran en su discurso, a través de conceptos como «pobre», «roto» o «rústico», nociones que denotan sujetos que pertenecen a un espacio totalmente distante del propio, sin embargo, inalterables y siempre proclives a recibir la «ayuda» caritativa de las mujeres «ricas».

Iris expone: «Todas las obras sociales tienden a velar por el obrero ¡santa empresa!, por el niño ¡bendito propósito! Pero yo siento, para mis adentros, que no tengo lazo de comunicación con el ‘roto’ y con el ‘pequeño’ más que a través del subliminal» (315). Luego agrega que le «deleita hablar con los rústicos», pues,

Pronuncian sentencias salomónicas, tienen luces de inconsciente sabiduría que ninguna escuela ha limitado con sus enseñanzas. Son intuitivos, viven en el dominio de la naturaleza sin que la razón haya levantado su muro de circunvalación. (...) Prefiero mil veces al último roto, y aprendo más con ellos que con petimetres que cursan leyes o con los caballeros graves, las damas honestas y los ancianos de consejo... Pero siento que mi obra no está entre ellos (315-316).

En un ejercicio de traspasar las clases sociales y en una dura crítica a la suya propia, la autora declara que, si bien ella no dedicaría su tiempo a la típica caridad aristocrática

sino a «otra obra», no desdeña del todo a esos *otros*; considerando, en lo que respecta al arte, que hay personas que lo saben cultivar y son de diversas clases sociales. Incluso indica que los artistas «en Chile han desertado la aristocracia, por lo menos nuestra pretendida aristocracia» (320). La culpa la tienen el orgullo, la ambición y el descontrol que han surgido del dinero, ideas que nos ligan a la novela de Orrego, *Los Busca-Vida*, analizada en el apartado anterior, en donde se colocan al lado de los valores positivos a esos *otros*, los indios. Y remata Iris:

Estos hermanos desconocidos, que yo tengo en los más apartados barrios de la ciudad, viven todos una vida de privaciones y tristezas agujoneados por la sed de ideal (...). Necesitan duplicar su esfuerzo entre la oficina de empleado público y las cuartillas blancas (...). El arte no se paga en Chile. Los ricos suelen ser snobs, compran cualquier mamarracho de firma, antes que una obra de talento, con nombre desconocido (320).

Tanto en Manuel Concha, que escribe hacia la década de 1870, y en Iris, en sus textos de 1917 y 1918, observamos una dura crítica hacia las clases poderosas: tanto el poder otorgado por el dinero como por las influencias/apariencias que se desprenden de aquellas posiciones nobiliarias. Los poderosos suelen quedar impunes frente a los agravios, aunque los sometidos a veces se toman la justicia por sus manos como nos cuenta Concha, en otros casos, sufren las penurias «cristianamente» y esperan la gracia divina del más allá, como suele consolarnos Iris. Sin embargo, esta última autora nos interpela, igualmente, y nos demuestra que en aquellas clases/razas a las que ella no pertenece, es posible encontrar aquellos espíritus que lograrán renovar la sociedad, a través del cambio espiritual y el desarrollo artístico.

Conclusiones

Para concluir con nuestra exposición, quisiéramos volver sobre los conceptos que nos han guiado en el proceso analítico y reflexivo en torno a las ideas y contenidos raciales/nacionales en las letras chilenas durante el período estudiado. Nos referimos a la lectura en contrapunto y a la idea de interacción/*monitoring*.

Por un lado, hemos comprobado que, leyendo los textos desde una entrada a veces lateral a la inicialmente prevista para esta escritura, podemos configurar la percepciones e imaginarios de la época en torno a los presentes y pasados recreados. Las ideas, en ocasiones estáticas de lo mulato y lo indio, especialmente, reflejan un punto de referencia que suele posicionarnos en un pasado recordado y narrado por la oralidad: el «Pueblo de indios» como un constructo anacrónico e inexistente en la modernidad nacional, y la presencia de esclavos y esclavas de origen africano situados, igualmente, en los tiempos coloniales, los cuales tienen su contraparte con una narrativa religiosa de «antiguo régimen». Es de suponer que estas construcciones sólo tienen sentido en un entramado colonial, que la república decimonónica y el siglo xx parecieran haber superado.

Sin embargo, cuando nos sumergimos en la escritura sobre el presente de las y los autores, notamos que las diferencias sociales siguen ancladas en distinciones de razas/castas/clases, toda vez que las aristocracias de distinguen de aquellos espacios plebeyos que están compuestos por personas de *otro* origen. El pasado y el presente, el pasado de las castas y el presente de las clases, se unen en los prejuicios y las prácticas que los grupos aristocráticos siguen ejerciendo para con esos otros.

En ese sentido, la interacción/*monitoring* entre texto y contexto, y entre narrador/a y narrativa, se establecen como esenciales para generar una lectura que complejiza las relaciones sociales dentro y fuera de las textualidades analizadas. Es interesante resaltar que la autoría femenina en esta muestra de textos, no se diferencia radicalmente de la autoría masculina: hombres y mujeres comparten imaginarios socio-raciales y propuestas críticas similares. Así, en una lectura en contrapunto, acercando la mirada a personajes a veces secundarios, y otras veces perfilados con otras intenciones por sus autoras/es, hemos podido descubrir ciertos indicios de las percepciones y usos de las clasificaciones y definiciones sociales de este periodo secular.

Referencias bibliográficas

- AGUAYO, Eduardo. «Entre historia y ficción: la retórica de la memoria en la prosa de Daniel Riquelme (1893-1911)». *Revista Co-herencia*, vol.11, n°21 (2014): 49-68. <https://doi.org/10.17230/co-herencia.11.21.3>
- AMAR, Mauricio. «Contrapunto y mundanidad como herramientas de la crítica en Edward W. Said». *Discusiones Filosóficas*, año 18, n°30 (2017): 107-124.
- ANDERSON, Benedict. *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Buenos Aires: Fondo de cultura Económica, 1993.
- ARAYA, Alejandra. «Imaginario político colonial: las castas, una lectura para los registros parroquiales, matrículas y padrones de ‘Chile’ (1680-1835)». *El Taller de La Historia*, vol. 7, n° 7 (2015): 7-40. <https://doi.org/10.32997/2382-4794-vol.7-num.7-2015-720>
- BAREI, Silvia N. y Adriana BORJA. «Territorios afines: sociocrítica y feminismo». *Acta poética*, vol.27, n°1 (2006): 63-95. <https://doi.org/10.19130/iifl.ap.2006.1.190>
- CANIHUANTE, Gabriel. *Periodismo en la región de Coquimbo 1828-1927*. La Serena: Editorial de la Universidad de La Serena, 2018.
- CATALÁN, Gonzalo. «Antecedentes sobre la transformación del campo literario en Chile entre 1890-1920». José Joaquín Bruner y Gonzalo Catalán. *Cinco Estudios sobre Cultura y Sociedad*. Santiago de Chile: FLACSO, 1985: 69-175.
- CATRILEO, Daniela. «Retazos de *Qupa yapu*». Rosario Orrego. *Los Busca-Vida*, Santiago: Ediciones UAH, 2021: 7-18.
- CONCHA, Manuel. «Acontecimientos pasados». *Tradiciones serenenses*. Santiago: Rafael Jover Editor, 1883:104-129.
- CONCHA, Manuel. «El diablo en La Serena». *Tradiciones serenenses*. Santiago: Rafael Jover Editor, 1883: 73-92.
- CONCHA, Manuel. «Un tenorio inquisitorial». *Tradiciones serenenses*. Santiago: Rafael Jover Editor, 1883:175-198.

- CONTRERAS, Joyce. «De acatamientos y subversiones. La escritura pionera de dos autoras del siglo XIX en Chile: Mercedes Marín y Rosario Orrego». *V Congreso Internacional de Letras* (2012): 809-819.
- CORVALÁN, Luis. *La lucha por un pensamiento propio en Nuestra América. Una aproximación posible a las primeras tres décadas del siglo XX*. Santiago: América en Movimiento, 2015.
- ESTEFANE, Andrés. «'Un alto en el camino para saber cuántos somos...'. Los censos de población y la construcción de lealtades nacionales. Chile, siglo XIX». *Historia*, n° 37, (2004): 33-59.
- HACHIM, Luis. «El jesuita Juan Ignacio Molina y el pensamiento crítico». Stefanie Massmann (coord.). *Historia crítica de la literatura chilena Vol I La Era colonial*. Santiago: LOM, 2017: 325-335.
- IRIS. «Los últimos serán los primeros» [*La Nación* 23 de diciembre de 1917]. Bernardo Subercaseaux (ed.). *Iris. Alma Femenina y Mujer Moderna. Antología*. Santiago de Chile: Cuarto Propio-Consejo Nacional del Libro y la Lectura, 2001: 313-324.
- IRIS. «Miserias ocultas». *La hora de queda*. Santiago: Imprenta Universitaria, 1918: 95-130.
- LASTRA, Pedro. *El cuento hispanoamericano del siglo XIX. Notas y documentos*. Santiago: Helm F Giacomani Editor/Editorial Universitaria, 1972.
- LÓPEZ, Vicente Fidel. *Manual de la Historia de Chile. Libro adoptado por la Universidad para la enseñanza en las escuelas de la República*. Valparaíso: Imprenta del Mercurio, 1845.
- MALCUZYSKI, Marie-Pierrette. «Bajtín, literatura comparada y sociocrítica feminista». *Poligrafías*, n°1 (1996): 23-43.
- MONTERO, Claudia y Andrea ROBLES. «Voz para las mujeres. La prensa política de mujeres en Chile, 1900-1929». *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, n°9 (2017): 122-143. <https://doi.org/10.17533/udea.trahs.n9a06>
- MONTERO, Claudia. *Y también hicieron periódicos: Cien años de prensa de mujeres en Chile*. Santiago: Editorial Hueders, 2018.
- MONTERO, Claudia. «'Trocar agujas por la pluma': las pioneras de la prensa de y para mujeres en Chile, 1860-1890». *Meridional. Revista Chilena de Estudios Latinoamericanos*, n°7 (2016): 55-81.
- NARVAJA, Elvira. *Los discursos sobre la nación y el lenguaje en la formación del Estado (Chile, 1842-1862). Estudio glotopolítico*. Buenos Aires: Editorial Santiago Arcos, 2008.
- ORREGO, Rosario. «Los Busca-Vida. Novela de costumbres» (once partes). *Revista de Valparaíso Literatura, Artes y Ciencias*, n°1. Valparaíso: Imprenta del Mercurio, 1873.
- PACHECO, Susana. «Introducción». *Tradiciones serenenses. Partes 2ª, 3ª, 4ª y 5ª*. La Serena: Editorial de la Universidad de La Serena, 2015: 11-16.
- PARKER, William Belmont (ed.). «Lucía Bulnes de Vergara». *Hispanic Notes & Monographs Essays, Studies, And Brief Biographies Issued by The Hispanic Society of America Tomo IV Chileans of To – Day*, New York y London: G. P. Putnam's Sons, 1920:195-196.
- PRADO, Marcela. *Escritoras chilenas de la transición. Siglo XIX – XX*. Valparaíso: Universidad de Playa Ancha, 2005.
- RAMOS, Julio. *Desencuentros de la Modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 2003.
- RODRÍGUEZ, Javier. «Globalización, expansión de la frontera y desigualdad en Chile durante el auge salitrero (1880-1905)». *Investigaciones de Historia Económica*, n°7 (2011): 21-55. [https://doi.org/10.1016/S1698-6989\(11\)70002-9](https://doi.org/10.1016/S1698-6989(11)70002-9)
- SAID, Edward W. *Cultura e Imperialismo*. Barcelona: Anagrama, 1996.

- SANTA CRUZ, Eduardo. *La prensa chilena en el siglo XIX. Patricios, letrados, burgueses y plebeyos*. Santiago: Editorial Universitaria, 2010.
- SANTA CRUZ, Eduardo. *Prensa y sociedad en Chile. Siglo XX*. Santiago: Editorial Universitaria, 2014.
- SANTANA, Juan Manuel. «Los otros: indios y negros de la colonia a la independencia». Laura Mariateresa Durante (ed.). *Un secolo di Cuba. Storia e attualità di un'isola difficile da afferrare*. Nápoles: Editorial Bordeaux, 2017: 19-40.
- SILVA, Raúl. «Estudio Preliminar». *La Literatura Crítica de Chile*. Santiago: Andrés Bello, 1969: 9-44.
- SILVA, Raúl. «Introducción». *Tradiciones serenenses*. Santiago: Editorial del Pacífico, 1953: 9-13.
- SILVA, Raúl. *Prensa y periodismo en Chile (1812-1956)*, Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile, 1958.
- SUBERCASEAUX, Bernardo. «Estudio Preliminar». Bernardo Subercaseaux (ed.). *Iris. Alma Femenina y Mujer Moderna. Antología. Antología*. Santiago de Chile: Cuarto Propio-Consejo Nacional del Libro y la Lectura, 2001: 11-34.
- SUBERCASEAUX, Bernardo. «Identidad de género y nación». *Prismas Revista de Historia Intelectual* n°1 (1997): 45-51.
- SUBERCASEAUX, Bernardo. «Raza y nación: el caso de Chile». *A Contra Corriente. Una Revista de Historia Social y Literatura de América Latina*, vol. 5, n°1 (2007): 29-63.
- SUBERCASEAUX, Bernardo. *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*. Santiago: Editorial Universitaria, 2004.
- TODOROV, Tzvetan. *Nosotros y los Otros. Reflexión sobre la diversidad humana*. México: Siglo XXI Editores, 2000.
- TORRES, Isabel. *El imaginario de las élites y los sectores populares. 1919-1922*. Santiago: Editorial Universitaria, 2010.
- TRAVERSO, Ana. «Primeras escritoras en Chile y autorización del oficio literario». *Anales de Literatura Chilena*, vol. 17, n°13 (2012): 61-80.
- VALDEBENITO, Felipe y Menara LUBE. «Las fronteras de la modernidad. El espacio Tacnoariqueño y la nacionalización del Norte Grande chileno (1883-1929)». *Estudios Ibero-Americanos*, vol. 40, n°2 (2014): 277-303. <https://doi.org/10.15448/1980-864X.2014.2.17733>
- VALLEJO, José Joaquín. «La mina de los Candeleros» [*El Mercurio* 5 de febrero de 1842]. Pedro Lastra (ed.). *Jotabeche. El provinciano en Santiago y otros artículos de costumbres*. Santiago: Editora Santiago, 1966: 21-26.
- VERRA, Ga. «La mulata Manuela». *Revista Selecta* (octubre 1912): 187-189.
- VICUÑA, Manuel. *La Belle Époque chilena. Alta sociedad y mujeres de elite en el cambio de siglo*. Santiago: Editorial Sudamericana, 2001.
- VOTA, María Silvina. «La conquista de la Araucanía: la expansión de la República de Chile sobre el Wallmapu». *Revista SURES*, n°6 (2015): 149-162.